

DE CÓMO

Santiago Pérez Triana

LA FAMILIA

Ilustraciones de
Alejandra Medina Barragán

CHIMP VINO A LA CIUDAD

Y OTROS CUENTOS



libro al
viento



Libro al Viento

COLECCIÓN INICIAL

Este ejemplar de Libro al Viento es un bien público.
Después de leerlo permita que circule entre los demás lectores.

ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ

Claudia Nayibe López Hernández

Alcaldesa Mayor de Bogotá

SECRETARÍA DE CULTURA, RECREACIÓN Y DEPORTE

Nicolás Francisco Montero Domínguez

Secretario de Cultura, Recreación y Deporte

INSTITUTO DISTRITAL DE LAS ARTES – IDARTES

Mauricio Galeano Vargas

Director General

Maira Salamanca Rocha

Subdirectora de las Artes

Hanna Paola Cuenca Hernández

Subdirectora de Equipamientos Culturales

Leyla Castillo Ballén

Subdirectora de Formación Artística

Adriana María Cruz Rivera

Subdirectora Administrativa y Financiera

Carlos Alberto Ramírez Pérez

Gerente de Literatura

Olga Lucía Forero Rojas, Ricardo Ruiz

Roa, Andrea Mojica Molina, María Camila

Jaramillo Laverde, María Eugenia Montes

Zuluaga, Yenny Mireya Benavidez Martínez,

Wilmar Molina Vargas, Massiel García Lugo,

Natalia López Mazo.

Equipo del Área de Literatura

Primera edición (en Libro al Viento)

Bogotá, octubre de 2022

Los derechos de los textos pertenecen a sus autores. Sin embargo, queda prohibida cualquier reproducción (parcial o total) de esta obra en su conjunto sin consentimiento de Idartes.

© Instituto Distrital de las Artes – Idartes

© Fredy Ordóñez, por la presentación.

Camila Cardeñosa, diseño de la colección

Bastarda Type y Camila Cardeñosa, diseño de la tipografía Obispo

Paula Andrea Gutiérrez Roldán,

diseño y diagramación

Alejandra Medina Barragán, Ilustraciones de cubierta e interiores

Fredy Ordóñez, edición

Wikimedia Commons, por la imagen de la página 81.

ISBN: 978-628-7531-61-1

Impreso en Colombia

Marzo de 2023

GERENCIA DE LITERATURA IDARTES

Carrera 8 # 15-46. Bogotá D. C.

Teléfono: 3795750

www.idartes.gov.co

contactenos@idartes.gov.co

 @LibroAlViento  @LibroAlViento

DE CÓMO LA
FAMILIA CHIMP
VINO A LA
CIUDAD

7
MONOS CON COLA
Presentación

13
DE CÓMO LA FAMILIA CHIMP VINO A LA CIUDAD

39
UNA TERTULIA

56
EL ARROYUELO

69
MINA Y BILI

81
EL AUTOR

Libro al Viento es un programa de fomento a la
lectura del Instituto Distrital de las Artes - Idartes,
entidad adscrita a la Secretaría de Cultura,
Recreación y Deporte.

MONOS CON COLA

Presentación

No pueden aparentar más inocencia estos cuentos, protagonizados por monos vergonzantes, leones de gran alcurnia, quisquillosos pajaritos y arroyuelos parlanchines. Fueron inventados, nos asegura su autor, para entretener a Santiaguito, su hijo de ocho años, al que le iban a cortar sus rizos. Paseaban por el Parque de El Retiro en Madrid, y se los contaba para distraerlo o para sorprenderlo en su curiosidad o para aguzarle la imaginación, quién sabe. Es posible que hayan surgido de la más amorosa y desenfadada improvisación de este narrador, y de ahí que asegure (en el prefacio del libro original) que no espera la aprobación de los adultos, pues la única y más alta crítica que pueden tener es la de los niños, que impartieron ya su aprobación. Coincidimos plenamente con el autor.

Ahora bien, contémosles algo a los padres, profesores y amigos que quizás estén al lado de estos niños leyéndoles estas fábulas, para también sorprenderlos con algún misterio

y, por qué no, sacudir su imaginación, pues cada historia, por mínima que sea, arrastra otras historias detrás. El autor de nuestro libro es Santiago Pérez Triana, hijo del expresidente de Colombia Santiago Pérez Manosalva (que presidió Colombia de 1874 a 1876 y, como designado, de 1869 a 1870), fue un personaje que dejó tras de sí una estela imborrable entre quienes lo conocieron: se refieren con admiración sobre su festivo donaire, su don para las lenguas, su talento como orador, su dedicación a la paz, su prosa elegante y diáfana, su nostalgia por Colombia y su preocupación por el destino de los países latinoamericanos. Valga mencionar, como hechos cruciales de su vida, su temporada en la cárcel de La Ciega (en Honda) en 1893 —perseguido por su liberalismo—, su salida de allí y la subsiguiente huida de Colombia en 1894, cuyas peripecias y dificultades y deslumbramientos narra en *De Bogotá al Atlántico*, libro que se publicaría en 1902, en Europa, donde residía y donde trabaría amistad o se rozaría con personajes ilustrísimos como Joseph Conrad (en la novela *Historia secreta de Costaguana* Juan Gabriel Vásquez junta al escritor polaco y a Pérez Triana, y a este lo hace parcialmente responsable del sentido de *Nostromo*, novela que ocurre en algún lugar de Suramérica) y Rubén Darío, quien prologó este libro con gran admiración. En la presentación que hace Juan Gabriel Vásquez a este libro, cita significativamente el

siguiente fragmento: “En medio de la selva hubimos de advertir que toda nuestra civilización moderna no es sino un ligero barniz moral, bajo el cual apenas se oculta la textura verdadera del género humano, semejante en sus instintos y en sus apetitos a los compañeros del hombre en aquel mentado paraíso terrenal”. Los cuentos que siguen quizás no son tan inocentes. Quizás bajo el disfraz de animales se puede entrever alguna idea sobre el ser humano que perseguía a Pérez Triana —que según todos los testimonios era un gran conocedor de la naturaleza humana—; quizás queremos ocultar algo de nuestra naturaleza a semejanza de la cola prensil que los integrantes de la familia Chimp quieren esconder (cola que, por lo demás, no todos los monos tienen); quizás somos nosotros aún esos monos con cola, y nos balanceamos bajo quién sabe qué ramas.

Estos cuatro relatos hacen parte de un conjunto mayor, *Cuentos a Sonny*, escrito por Pérez Triana en inglés en 1905 (como al parecer bien hubiera podido escribirlos en alemán, francés o español), libro que fue muy rápidamente traducido al español, lo que seguramente vino a llenar un vacío en el ámbito de esta lengua el de la literatura para niños; su traductor, Tomás O. Eastman, ya a inicios del siglo xx se quejaba del desdén de los escritores hispanohablantes por los libros para niños, los que se consideraba hacían parte

de un género menor, a diferencia de la copiosa producción de cuentos de hadas, de animales parlantes y de viajes a regiones extraordinarias que se podía encontrar en Francia, Alemania e Inglaterra. Tengo la esperanza de que los niños de hoy, que nacen con la curiosidad necesaria para llegar a saber lo esencial —aunque luego lo olviden para dar espacio a conocimientos más urgentes—, sabrán leer estos cuentos como los oyeron los niños a los cuales se los dedicó y narró su autor, que en el esperanzado prefacio original de este libro apuntó: “Vuelen por el mundo estas fabulillas tal como nacieron —sin arte y sin pretensiones—. Tal vez agraden a otros chiquillos. No por su mérito, que ninguno tienen, sino por la sagrada pureza de las horas en que nacieron, para el autor serán siempre estas historietas una fuente de sereno regocijo y un tesoro de íntima ternura”.

Fredy Ordóñez

Editor de Libro al Viento

Santiago Pérez Triana

DE CÓMO LA FAMILIA CHIMP

Ilustraciones de
Alejandra Medina Barragán

VINO A LA CIUDAD

Y OTROS CUENTOS



DE CÓMO LA FAMILIA CHIMP VINO A LA CIUDAD

EN EL MOMENTO DE ALCANZAR LA PLENITUD de la vida, el señor Chimp se había ya retirado de las ocupaciones activas. Vivía tranquilamente en el seno de su familia, feliz en el amor de la señora Chimp y de sus cuatro retoños, dos chicos y dos chicas, que el cielo le había deparado para bendición de su casa.

Esta casa estaba situada en lo profundo de una dilatada selva, poblada de árboles inmensos, que alzaban a grande altura sus tupidas copas y entrelazaban sus brazos extendidos, por muchas leguas a la redonda.

Debajo de los árboles, en el monte bajo, bullían numerosos y variados los habitantes de la selva; grandes unos, chicos otros; estos corrían, aquellos se deslizaban; los de acá se arrastraban torpemente; los de allá iban marchando con lentitud y solemnidad. Había ardillas y conejos, zorras y venados, lagartos y culebras, osos y gatos monteses, y una turba de pájaros bulliciosos de plumaje multicolor cuyos nidos colgaban de las ramas de los árboles.

Pero los Chimp no alternaban con todo el mundo. Ellos habían escogido una de las ramas



superiores de uno de los árboles más altos, y allí dejaban correr la vida, lejos de las turbas insensatas, gozando de una perfecta felicidad doméstica.

Fieles a las tradiciones de su raza, no usaban vestidos de ninguna clase, circunstancia feliz que los ponía a salvo de sastres y modistas, cuya llegada no siempre es causa de regocijo en los lugares comunes y corrientes.

Para eso tenían los Chimp su pelliza natural, que les mantenía calentitos y que, en términos del oficio, les venía al cuerpo como pintada.

Los quehaceres domésticos no eran para rendir de fatiga a la señora Chimp. Baste decir que no tenía que cocinar, porque el bosque circunvecino proveía a la familia de alimentación abundante, que consistía sobre todo en nueces, además de golosinas como hojas y tallos tiernos, procedentes de ciertas plantas comestibles.

Tampoco había, por supuesto, cuenta del tendero, ni del carnicero, ni del panadero, ni de los demás proveedores de las casas de las ciudades.

Todo aquello eran solo ventajas, de manera que los dichosos padres, libres de cuidado en cuanto al mantenimiento de la familia, podían dedicarse por entero a la superior educación de sus hijuelos. Les inculcaban, pues, aquellas máximas de virtud y de sabiduría que habían de asegurarles luego la felicidad terrena.

Los Chimp estaban provistos de ciertos apéndices comunmente llamados colas. Eran largas, flexibles, fuertes y podían enroscarse de mil modos diferentes. Si los bípedos llamados hombres se detuviesen a meditar sobre el asunto, debieran dolerse de haber perdido una extremidad tan útil como la cola.

Mientras la señora Chimp, aficionada al descanso, como suelen serlo las damas de edad madura,

se quedaba perezosamente en la cama en la comba de una rama favorita, el señor Chimp salía algunas mañanas a dar un paseo con sus hijos por los árboles vecinos.



Él guiaba la marcha, saltando de una en otra rama y de uno en otro árbol, seguido por su amorosa prole. El precavido señor Chimp calculaba los saltos de modo que fuesen adecuados a los músculos de los chiquillos. Al principio, en distancias no muy largas, los saltos eran como los que daría cualquier bípedo en el suelo; luego les fue enseñando a que se sirviesen poco a poco de la cola para salvar distancias mayores. Envolvía la cola en una rama sólida, columpiaba el cuerpo como un péndulo en el aire, y, adquiriendo el necesario empuje, soltaba la cola de donde la tenía asida y se lanzaba a una rama del árbol próximo.

Los niños seguían el ejemplo, con mucha timidez al principio, regocijados después. Así hicieron largos paseos, durante los cuales exploraron todos los rincones y vericuetos de la floresta.

Con el tiempo llegaron a realizar verdaderas proezas de atrevimiento. Bajo la dirección paterna, todos los niños se colocaban en cadena viviente, eslabonando la cola del uno al cuello del otro, sostenidos en el punto de partida por mister Chimp, cuya cola se envolvía a la rama de un árbol; se columpiaban luego la cadena entera, que en sus oscilaciones recorría larguísimas distancias, el individuo del extremo se agarraba a una rama allá lejos, el padre se dejaba ir entonces, y he aquí que todos los Chimp iban a dar con sus personas a un árbol diferente.

Al volver a casa, cargados a menudo con los despojos de la correría, tomaban el almuerzo, y,





Chimp

después de un ligero descanso, el señor Chimp se ponía a instruir a sus hijos en la ciencia de la vida, con sus vicisitudes y peligros, tal como la amarga experiencia se la había enseñado a él mismo, y aconteció cierto día que, mientras la familia almorzaba, llegó a sus oídos el sonido de una voz distante. La voz, que apenas se alcanzaba a oír, venía de abajo.

—¡Chimp! ¡Chimp! —decía.

Luego sonó más cerca repitiendo:

—¡Chimp! ¡Chimp!

La señora Chimp, alerta siempre y de ojo avizor, fue la que primero advirtió de dónde venía aquella voz. Allá abajo, al mismo pie del árbol, estaba un hombre pelirrojo, con la cara vuelta hacia arriba, el sombrero en la mano y gritando:

—¿Quiere usted bajar, señor Chimp?

—No, no bajes, querido mío —dijo la señora Chimp: ese que te llama es un hombre malo y puede hacerte algún daño.

—Señora —dijo el hombre—, yo no soy malo. Solo he venido a invitarla a usted, al señor Chimp y a los niños para que me acompañen a un corto paseo a la ciudad, donde todos ustedes tendrán muy lindos vestidos para ponerse.

—¡*Vestidos*, Chimp! Este no puede ser un hombre malo. Bajemos a ver qué quiere.

Con obediencia de marido, el señor Chimp siguió el consejo de su mujer y en un abrir y cerrar

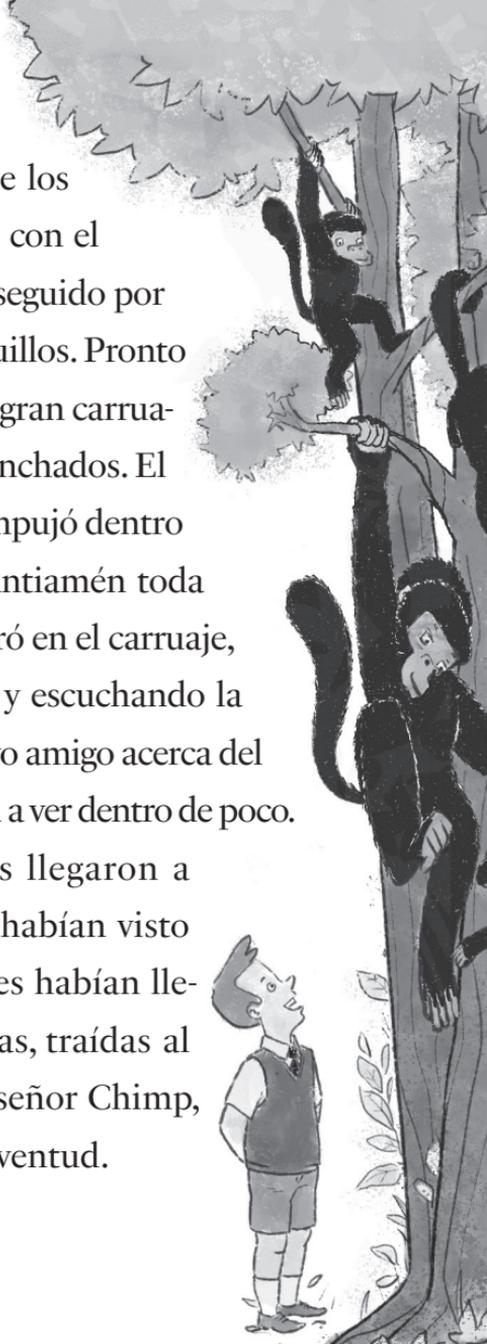
de ojos la familia toda, deslizándose por el tronco del árbol, estuvo delante del recién venido.

Este avanzó y le dio un caluroso apretón de manos al señor Chimp.

—¿Cómo está usted? Celebro infinito verlo. A los pies de usted, señora Chimp. ¿Y los chiquillos? ¡Pero si son un primor! Los felicito a ustedes con toda mi alma. He venido a invitarlos a la ciudad. Mi coche espera a la salida del bosque. En la ciudad, ustedes tendrán que ponerse vestidos: ¡la gente tiene tantas preocupaciones! Y en lo social uno debe pecar más bien por carta de más que por carta de menos. ¿Vienen ustedes entonces? Por supuesto que sí, no me cabía duda. A ustedes se los espera con infinita curiosidad... digo... quiero decir, con ansiedad, pues el nombre y buena fama de ustedes ha llegado a noticia de nuestras gentes, y están deseosísimas de verlos y conocerlos a todos ustedes.

Entretanto el hombre de los cabellos rojos iba andando con el señor Chimp de la mano y seguido por la señora Chimp y los chiquillos. Pronto llegaron a donde estaba un gran carruaje con cuatro caballos enganchados. El hombre abrió la puerta y empujó dentro al señor Chimp, y en un santiamén toda la familia Chimp se encontró en el carruaje, rodando sin saber adónde y escuchando la cháchara incesante del nuevo amigo acerca del mundo maravilloso que iban a ver dentro de poco.

Algunas horas después llegaron a la ciudad, a la que nunca habían visto antes, pero sobre la cual les habían llegado algunas vagas noticias, traídas al bosque por un amigo del señor Chimp, gran viajero durante su juventud.





Casas, iglesias, calles, plazas, parques, tranvías, carruajes, estatuas, fuentes, todo un mundo de cosas revueltas, maravillosas e incomprensibles que aparecían a sus ojos hormigueando en todas direcciones, y una multitud de seres muy parecidos a los Chimp, solo que iban cubiertos con ciertos ajuares llamados vestidos, de los cuales había hablado el hombre pelirrojo.

El coche se detuvo, se abrió la portezuela y el pelirrojo se apeó a la entrada de un edificio muy grande.

—Aquí —dijo él— los vestirán a ustedes a la última moda. Usted, señor Chimp, se servirá pasar a esta habitación, los chicos al departamento de los niños, las niñas allí a la izquierda, y usted, señora Chimp, tendrá la bondad de subir conmigo al departamento de las señoras. Yo esperaré luego abajo, y estoy seguro de que al salir todos

ustedes estarán perfectamente satisfechos del resultado.

El señor Chimp fue el primero que salió, media hora después. Estaba hecho todo un caballero, chistera en la cabeza, gafas, un cuello alto y rígido, corbata con un luciente alfiler de diamantes, levita larga, chaleco de fantasía, pantalón a cuadros, botas de charol, guantes, cadena de oro, reloj en el bolsillo, nada se había olvidado.

Parece que la cola había resultado un tanto estorbosa, pero el inteligente dependiente se las había ingeniado para ocultarla, o a lo largo de las espaldas, o por entre la pierna del pantalón, pues sobre este punto las crónicas no andan completamente acordes. En cualquier caso el señor Chimp habría podido ingresar en cualquier directorio o parlamento, sin lesión ni detrimento para el puntillo de sus colegas por lo del apéndice aquel.

En el andar mostraba el señor Chimp la seguridad de quien se siente completamente a gusto. Comprendía que los vestidos que llevaba lo igualaban a la generalidad de los bípedos que se movían a su alrededor.

Mientras estaba allí sintiéndose satisfecho, cayeron sus miradas sobre una dama elegante y graciosa que en ese momento salía del edificio. Como él sabía que la señora Chimp se hallaba a conveniente distancia, resolvió —¡al fin hombre!— seguir a la hermosa y tal vez abordarla, si eso era posible.

Andando casi de puntillas, con gracioso contoneo de cuerpo y una sonrisa seductora en los labios, se acercó a la bella desconocida:

—Señora —le dijo—, ¿me permitiría usted que...?

Por debajo del enorme sombrero, hecho de paja, fieltro, plumas, pájaros disecados y flores exóticas artificiales, se volvió hacia él el rostro de la dama.

Suspensos se quedaron por un instante los dos interesados.

—¡Cómo, Chimp! ¿Eres tú? —exclamó la señora Chimp, porque era ella, ella en persona.

La habían ataviado a la última moda. No es para un simple mortal masculino intentar siquiera la descripción de las maravillas de indumentaria que la dependienta había superpuesto y ordenado en el cuerpecito de la señora Chimp. Allí había cintas y encajes, sedas y gasas, bordados y terciopelos mullidos, esponjamientos y unas como nubes crespas, fajas elásticas y todos los misteriosos, incontables e indescriptibles elementos de que se sirven las mujeres para realzar su belleza y para gastar el dinero de sus maridos.

En fin, que la señora Chimp estaba hecha la gran dama y que habría sido flor y prez del círculo femenino más selecto.



Conviene advertir que, en el caso de la señora Chimp, el problema de la cola no ofreció serias dificultades, debido a las proporciones arquitectónicas del ajuar.

Pero, después de todo, la señora Chimp tenía corazón femenino.

—Chimp —había dicho ella—, ¿así te diriges siempre tú a las mujeres que no conoces? ¿Y eso a tu edad? —en sus ojos brillaba una lágrima de reproche.

—Yo te conocí inmediatamente, te lo aseguro, querida mía —tartamudeó el señor Chimp.

Ella no insistió, pero el recuerdo de aquel incidente no se le borró de la memoria, y allí estaba para resucitar siempre que ocurría alguno de esos disgustillos que casi son disgustos, tan frecuentes aun en los hogares más bien constituidos. Porque, según sabemos todos, el monstruo ojiverde de

los celos no vuelve a dormir una vez que se ha despertado, y se convierte para siempre en cruz y tormento de los desventurados a quienes ha mordido. Sirva esto de advertencia a todos y cada uno, ya sean bípedos de los que viven en las ciudades, ya sean personas con cola de las nacidas en los bosques.

A su tiempo salieron los niños, peregrinamente transformados ellos también. Sin duda hubieran podido alternar con los chicos de la ciudad. La sola diferencia habría sido quizás que ellos tenían un poco más de pelo del que se acostumbra; pero



con guantes en las manos y sombreros o gorras en la cabeza, las cosas quedaban en su punto.

La familia anduvo por las calles, acompañada siempre por el inseparable pelirrojo, gozando de la vida urbana y viendo todo lo digno de verse, al punto que pronto iban sintiéndose como patos en el agua. Maldita la gracia que les hacía el pensar en volver a la sencillez de su vida primitiva en la floresta. Por suerte su amigo se había anticipado a proveer lo conveniente para que se quedaran en la ciudad.

Con toda la cortesía y delicadeza que el caso reclamaba, para no herir el orgullo del señor Chimp, insinuó que la familia debería aceptar una invitación para asistir a ciertas recepciones de la tarde y de la noche temprana, a las cuales, decía él, no asistiría sino lo más escogido de la ciudad y en las cuales el señor Chimp y su familia no tendrían

sino que ocupar la localidad que se les destinaba y recibir allí a los numerosos visitantes que sin duda acudirían a ellos.

Tranquilizado en lo tocante a su dignidad, el señor Chimp tuvo a bien aceptar y, ese mismo día, fueron instalados los Chimp en una suerte de gran casa con ruedas, colocada en un espacioso edificio, al cual venía gran número de gente. Si míster Chimp hubiera sabido que aquello no era más que un circo y que a él y a los seres amados se los estaba exhibiendo ante una muchedumbre vulgar, habría sentido el ultraje en lo más hondo y hubiera procurado volverse a su floresta, pero lo cierto es que las comidas eran servidas con entera puntualidad, y ese detalle en ocasiones suaviza los arranques de ira y de dignidad. La señora Chimp y los niños estaban contentos.

Alrededor de la casa oscilaban unos cuantos trapecios, en recuerdo de los pasados días. El lujo presente amortiguaba cualquier recelo que en el pecho paterno pudiera albergarse.

Así fue como toda la familia Chimp vino a la ciudad y se quedó allí. El señor Chimp aprendió muchas cosas, y llegó a una alta posición en sus nuevas condiciones de vida; con el tiempo se dio mañas para aprender los arbitrios y las artes de los hombres; logró abandonar su jaula y tomar parte en los negocios de las gentes que lo rodeaban.

Adquirió cierto aire severo y solemne, que no abandonó en ningún momento, y procuraba parecer sabio siendo de pocas palabras y de ninguna obra; de ese modo subió en la consideración de las gentes, y empezaron a lloverle honores y distinciones. Llegó a ser regidor, alcalde de la ciudad y político influyente. El sol de la fortuna les dio





brillo a la esposa y a los hijos, y estos se casaron, llegado el momento, con la aristocracia del país.

La cola era para ellos un motivo de ansiedad constante, pero nadie descubrió jamás el secreto de su existencia, sino tal vez cuando ya era demasiado tarde y cuando ya la felicidad de los descubridores estaba vinculada al secreto susodicho.

Todas estas cosas sucedieron hace mucho tiempo. Los enlaces de los Chimp con individuos de nuestra alta sociedad durante muchas generaciones tal vez expliquen por qué hallamos tan a menudo gentes que tienen todos los rasgos físicos y mentales que distinguían a la raza pura de los Chimp, gentes que tal vez llevan en el alma las altivas tradiciones que místico Chimp le predicaba a su familia en la copa de aquel árbol altísimo, donde corrieron los mejores años de su vida, y donde pudo presenciar todas las cabriolas de

sus padres, cuando ellos a su vez le enseñaron a él el arte de la vida; arte, decía míster Chimp, que después de todo se reduce, así en la ciudad como en el bosque, a saber guardar el equilibrio y salir airoso de los malos pasos.

UNA TERTULIA

LOS SEÑORES DE LEÓN ACABABAN DE mudarse a su nueva residencia. Era esta una espaciosa caverna, situada en lo profundo de la selva y con salida a un gran claro, rodeado por un anillo de árboles altísimos. No lejos de allí corría un arroyo bullicioso. El vecindario era selecto, como convenía a gentes tan exquisitas en eso de escoger amigos y convivientes.

Tanto el señor de León como su esposa estaban bastante entrados en años; sin embargo, se conservaban fuertes y robustos y todavía sentían

los placeres de la vida. Dos hijas que tenían se habían casado felizmente y vivían en otra comarca; el hijo varón, cuyas calaveradas habían ocasionado tantos dolores de cabeza a sus señores padres, había acabado por escaparse de la casa paterna, y andaba por esos mundos en amor y compañía de una cierta damisela, hembra fecunda en recursos y ardides. Por lo bajo se decía que, olvidando lo que pedían su alcurnia y las respetables tradiciones de su estirpe, se había contratado por un mendrugo en una compañía de animales sabios y andaba por allí, de villa en villa,



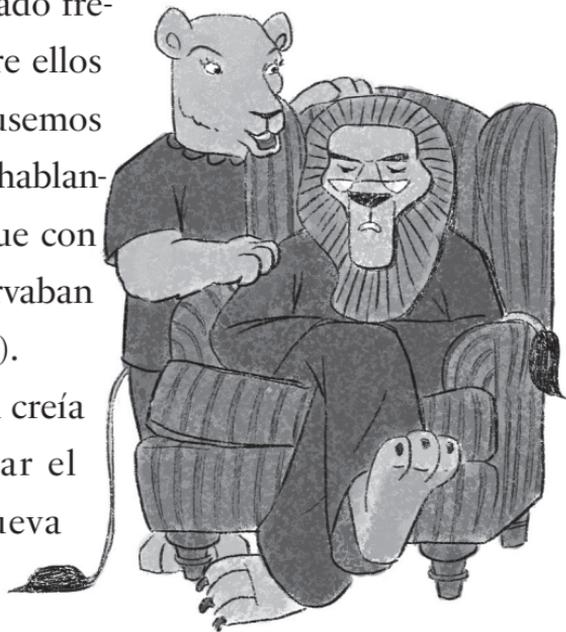
ejecutando cabriolas indecorosas ante multitudes plebeyas. Pudo la señora de León, madre al fin, perdonarle a aquel mozo sin principios un sinnúmero de barbaridades contra la moral y la religión; pero madre y todo, no podía ella, no podía, perdonarle aquella última claudicación, que tan mal paradas dejaba las sacras tradiciones de familia. Así fue que resolvió arrojarle de su corazón y de su memoria.

Porque aristócratas lo eran en toda regla los señores de León; en esa materia nadie podía echarles el pie adelante. El más sañoso enemigo habría tenido que confesarles que por muchos siglos habían vivido solamente de la propiedad ajena. Faltas tendrían acaso, pero jamás incurrieron en la plebeya debilidad de pararse ante los pretendidos derechos de otros seres más débiles y por tanto menos encumbrados que ellos.

Desengaños los tuvo el señor León en la carrera pública. Otros, más listos y menos escrupulosos, se dieron trazas de birlarle honores y posiciones que sin lugar a duda le correspondían a él. De ahí que fuera un poquitín irascible y retraído de vez en cuando.

Por su parte la señora León se aficionaba cada vez más a la sociedad, con sus deliciosas frivolidades y murmuraciones. Tal diferencia de gustos había ocasionado frecuentes riñas entre ellos (y permítanme que usemos palabra tan vulgar hablando de personas que con tanta rigidez observaban las buenas formas).

La señora León creía necesario celebrar el estreno de la nueva



morada festejando con una tertulia a unos cuantos amigos íntimos; pero... ¿y su marido? Cargara el diablo con aquellas extrañas ideas de retraimiento, necesidad pura, a las cuales no podía ni quería ella someterse buenamente.

Una tarde, aprovechando aquel soporcillo de sobremesa que tan propicio le había sido en otras ocasiones, empezó á decir la dama:

—Leoncico mío, ¿te sientes bien?

El señor León, que estaba medio dormido, no contestó.

—Mi dueño —dijo ella un poco más fuerte—, dueño mío...

—Bien, bien, ¿qué pasa?

—¡Oh!, nada, se me ocurre que...

—Ojalá no vinieras a molestarme ahora, ya sabes que no puedo volverme a dormir cuando me interrumpen la siesta.

—Lo siento mucho. Pero quería decirte...

—¿Qué?

—Pero, ¿estás bien despierto?

—Vaya si lo estoy. ¿De qué se trata?

La señora León, como veterana que era, sabía muy bien que con un ataque súbito se obtiene a veces un éxito completo.

—Estaba pensando en la tertulia de estreno...

Había estallado la bomba. Sería penoso describir la escena que vino enseguida. Él iba olvidándose de sí mismo: le dijo que ya ella no era joven, que había perdido sus antiguos encantos, que ya estaba para guardarse y no para andarse exhibiendo, que era frívola y que sólo pensaba en la chismografía ociosa y malévola. La dama lloró amargamente, dijo que quería morirse y, después de todo, acabó por salirse con la suya, pues el marido tuvo que ceder ante tales argumentos. Quedaron, pues, convenidos



en que la tertulia se llevaría a cabo en una fecha próxima.

La tarde del día señalado, los señores León, a pesar de una ligera disputa conyugal, se hallaban dispuestos a darles la bienvenida a sus huéspedes. Y no parecía sino que aquel matrimonio fuera el emblema vivo de la amorosa ternura y la felicidad perfecta.

—Allí viene aquella vieja bruja —murmuró la señora León, refiriéndose a doña Jirafa.

—Ojalá que tú no hubieses insistido en invitarla.

—Me parece muy buena persona y muy amable.

—¡Oh!, sí, ya sé que así te lo ha parecido siempre. No tengo tan poca memoria como tú crees. Eso podía pasar cuando éramos jóvenes... Apenas

se le murió el marido perdió por completo la vergüenza esa zanquilarga, pescuezo de violín, vieja manchada.

—Cállate, hija —interpuso él—, que puede oírte.

—Bienvenida, querida mía —dijo la León saliendo al encuentro de doña Jirafa—. Cuánto celebro verla; y qué linda está usted, encantadora a fe mía. Temí que no viniera —y las dos amigas reían como en su juventud. Se sentaron juntas y, echando en olvido al señor León, charlaban de lo lindo y hacían todo género de comentarios sobre los contertulios, que ya empezaban a llegar en número crecido.

Se presentaron el señor Toro y su esposa, Vaca de Toro, acompañados de don Buey, hermano del primero.

—No puedo sufrir a esta familia —dijo la Jirafa—. ¿Por qué no dejarán en casa a ese tío? Viejo más tonto.

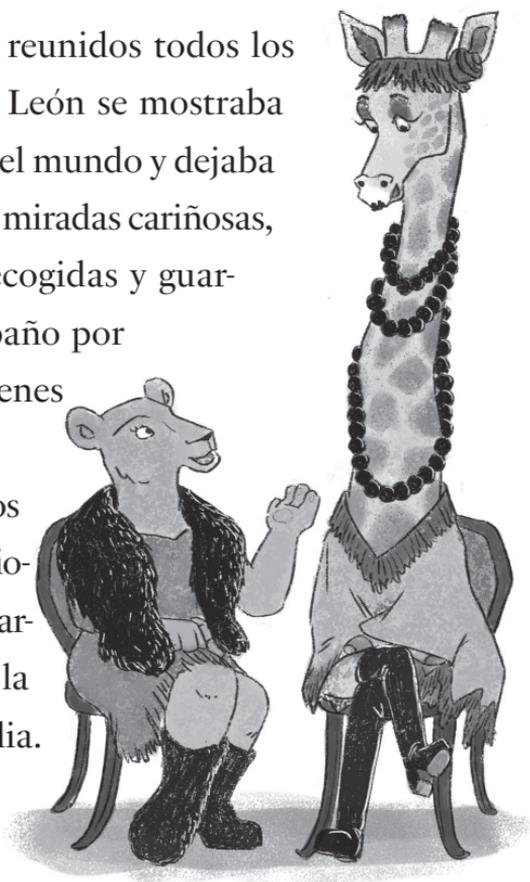
—¿Se refiere usted al Buey? Es un pobre viejo bonachón.

—Sí, pero poco interesante. Dicen que ara.

—¡Horror! Después de todo, es perfectamente inofensivo.

Pronto estuvieron reunidos todos los convidados. El señor León se mostraba obsequioso con todo el mundo y dejaba caer aquí y allí frases y miradas cariñosas, que habían de ser recogidas y guardadas como oro en paño por los afortunados a quienes se dirigían.

Pasados los primeros saludos y las presentaciones de estilo, pudo notarse que no era grande la animación de la tertulia.



Don Elefante había traído consigo a su hijo menor, niño todavía, pero más robusto ya que la mayor parte de los individuos presentes. Era un poco zurdo el jovencito y andaba empujando y atropellando a todo el mundo.

Don Rinoceronte, silencioso y asocial, se paseaba solo de una parte para otra, asustando a las gentes con aquel cuerno suyo que parecía una lanza.

El coronel Tigre, celoso de la popularidad que tenía el dueño de la casa, discurría por allí soltando cada chisme para dar miedo: que si la austeridad de él era solo apariencias; que si su señora era frívola hasta dejarlo de sobra; que si marido y mujer se andaban a la greña.

La familia Oso estaba evidentemente fastidiada, y se habría retirado desde luego, si no hubiera temido ofender a la dueña de la casa, que no perdonaba con facilidad.

El doctor Pollino miraba a todas partes, tomando las cosas y las personas con cierta socarronería, como filósofo que era.

El licenciado Zorra, que fue sin su familia, se ocupaba en tomarle el pelo al respetable señor Oso. Fingiendo que no lo veía, le pasó la cola por las narices y lo hizo estornudar violentamente. A no ser por don Elefante, que a tiempo interpuso su ponderosa personalidad, hubiera pasado un mal rato el licenciado Zorra, pues el agraviado era persona que montaba en cólera siempre que estornudaba.

El señor y la señora Chimp estaban allí con sus chiquillos, los cuales, para consternación del padre, se divertían arrojando nueces, desde los árboles a donde habían trepado, a las personas que estaban a su alcance.

No podía el señor Chimp, sin comprometer gravemente su dignidad, que era el tesoro de la



familia, encaramarse por esas ramas a castigar personalmente las barrabasadas de su prole. Y es el caso que la tal prole había ofendido, haciéndoles puntería al rostro, a personas tan respetables como don Buey, doña Jirafa y la misma señora León.

Atenta a sus deberes de anfitriona, decidió la señora León organizar algún agradable pasatiempo en que tomasen parte cuantos se hallaban presentes. Se le ocurrió una idea magnífica: ¿qué más sino organizar allí mismo un concierto, en el cual habían de tomar parte todos los concurrentes, cada cual a su modo?

—Doctor —dijo luego—, voy á organizar un coro. ¿Cuento con usted?

—Señora —contestó Pollino—, rebuznaré según mi leal saber y entender.

—¿Y usted, don Buey?

Ruborizándose ligeramente, prometió él que mugiría.

—A ver, a ver, a ensayar un dúo.

—Ji-joo-ji-joo. Múu-múu.

—¡Delicioso! ¡Encantador! —exclamó la señora León—. Esperen ustedes un momento, mientras veo qué otros amigos los acompañan.

A poco estuvo completo el coro. A los artistas mencionados, que debían mugir y rebuznar, se agregaron el señor Caballo, peritísimo en punto de relinchos, y el venerable señor Oso, a quien correspondió la parte rugiente. En los pasajes de fuerza debía apoyarlo el anfitrión, inducido a tales gallardías por doña Jirafa, la cual convino con mucha esquividad en dar chilliditos de tiempo en tiempo. A los Chimp les correspondió la parte declamatoria, es decir, las melopeas.

Zapaquilda y Micifuf, postreros pero no últimos, adularían el oído con los cantos de amor de sus floridos años. Don Elefante iba a ser director de orquesta; la trompa le serviría de batuta.

Antes de empezar el concierto, el señor León, en nombre suyo y en el de su esposa, les dio las gracias a los concurrentes, en breves y escogidas palabras, por el honor que les dispensaban, y manifestó la esperanza de que quisieran frecuentar la casa en un futuro.



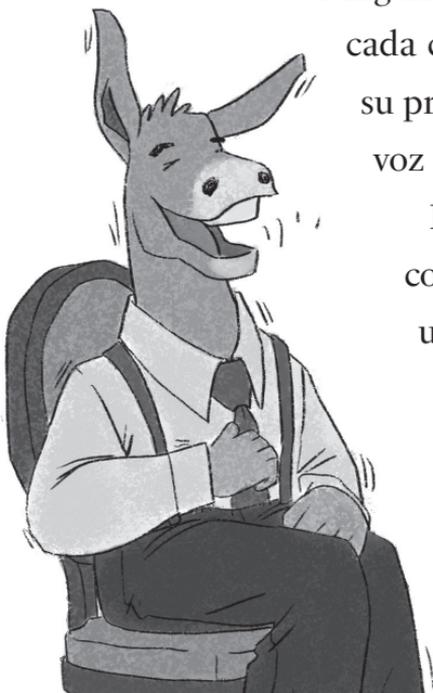
Don Elefante levantó la trompa y dió la señal de comenzar.

Fi-joo-ji joo, múu-múu y los demás fueron ingresando en el coro, esforzándose cada cual por hacer cuanto sus alcances le permitían.

El efecto fue sorprendente. Aquello formaba un estrépito aterrador, un alboroto que ponía espanto en los mismos ejecutantes del concierto. Ninguno de ellos se atrevía a callar:

cada cual quería ensordecirse con su propia voz, para no escuchar la voz de los demás.

El miedo, que iba en crescendo, comenzó a producir el efecto de un incendio incontenible. Todos, absolutamente todos, perdieron la serenidad y, dominados por el terror, apelaron



a la fuga, a una fuga vertiginosa, a una fuga cuya velocidad no tuvo más límite que la agilidad de las piernas...

La tertulia llegó a su fin. Solamente el doctor Pollino conservó la sangre fría y permaneció en su puesto rebuznando con serenidad triunfal, cuando todas las otras voces se habían extinguido ya. Los señores León, no bien repuestos de su espanto, yacían acurrucados en el más recóndito rincón de la caverna, y el rebuzno seguía vibrando, triunfador y supremo, voz grande y única en los mundos del sonido.

EL ARROYUELO

SONNY ANDABA COGIENDO FLORES POR la ladera. Medio ocultas entre el césped se veían flores blancas, azules y amarillas. Al arrancar una pequeñita, sintió en la mano algo como una caricia, como cuando el perro se la lamía. Miró y vio un hilito de agua que manaba del suelo y centelleaba a la luz del sol.

—Buenos días, arroyuelo —dijo Sonny.

—Buenos días, Sonny —le contestó el arroyuelo. Esa inesperada respuesta no dejó de causarle admiración a Sonny por algunos instantes.



—¿De dónde vienes? —preguntó el niño.

—De las entrañas de la tierra.

—¡Las entrañas de la tierra! ¿Y qué es eso?

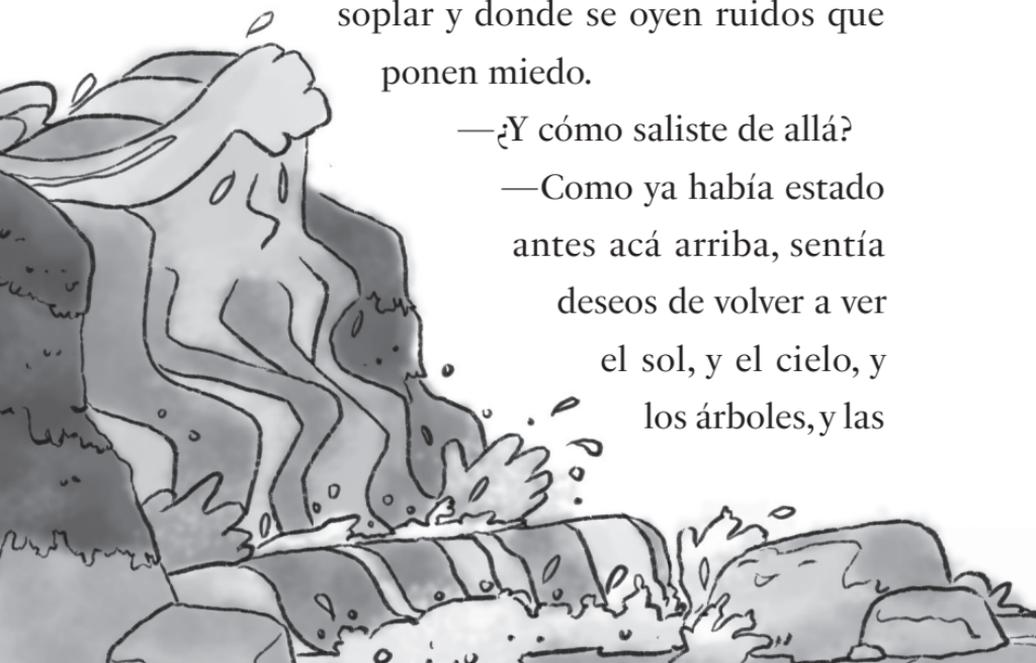
—De debajo del suelo; hondo, muy hondo.

—¡Ah! ¿Es bonito allá?

—No; es oscurísimo, horroroso, y no sabe uno por dónde anda. Y está uno siempre entre rocas enormes, y rendijas estrechas, y grandísimas cavernas negras, donde el viento da gemidos al soplar y donde se oyen ruidos que ponen miedo.

—¿Y cómo saliste de allá?

—Como ya había estado antes acá arriba, sentía deseos de volver a ver el sol, y el cielo, y los árboles, y las



flores, y todas estas lindas cosas; así fue que apenas vi un rayito de luz me fui yendo tras él, tras él, y... aquí me tienes.

—¿Vas a quedarte aquí?

—¡Oh, no! Tengo que ir a donde me lleva la colina.

—¿La colina? Ella no le llevará a ninguna parte, porque no se mueve.

—No se mueve, pero se inclina y me hace rodar.

Entretanto el arroyo había ido formando un pozo; luego desbordó y empezó á fluir lentamente, detenido a cada instante por las piedras, las ramas caídas y los montículos de tierra. Pero él desbordaba por encima después de algunos instantes, o torcía el curso por un lado, andando siempre hacia abajo.

Sonny seguía detrás, notando que el arroyo iba creciendo a medida que otros arroyos se le juntaban.



Pronto llegaron al pie de la colina. No lejos de allí se alzaba un alto muro de piedra sobre el camino del arroyo.

—No puedo pasar por encima de este muro —dijo el arroyuelo—, pero ya encontraré alguna abertura por debajo. —Y se deslizó a lo largo del muro hasta que encontró la abertura.

—Pero, ¿vas a dejarme? —dijo Sonny—. Yo no puedo pasar por debajo de ese muro.

—Tú debes buscar alguna puerta.

Sonny encontró una y pasando por ella fue a juntarse con el arroyuelo. Lo encontró encharcado en un gran pozo y muy distinto ya del arroyuelo chispeante que con él había bajado de la colina.

—Hola, Sonny.

—¿Hola, eres tú?

—Sí, estoy preparándome para el viaje.

—¿Aún vas más allá?

—Por supuesto; si apenas acabo de partir. Todavía tengo que cruzar estos campos, deslizarme bajo aquellos árboles, pasar por entre aquellas montañas que azulean a lo lejos y seguir más adelante, más lejos.

Sonny se sintió triste: le habría gustado tanto proseguir con su amiguito, pero, ¿cómo hacer? El arroyo notó lo que Sonny sentía; y como cada arroyo tiene un hada, él evocó la suya, sin que el niño supiera cómo. El hada apareció en la canastilla de un globo muy grande, conducido por dos águilas blancas muy hermosas; luego preguntó para qué la habían llamado.

El arroyo le dijo:

—Sonny, que es un amigo mío, desea acompañarme; y yo quisiera que tú lo tomases en tu globo y que juntos me siguieran.

El hada sonriendo colocó a Sonny a su lado.



El arroyo echó a andar nuevamente. Ya había crecido de un modo considerable, y a medida que avanzaba recibía nuevos arroyos que iban aumentando su volumen.

Sentado al lado del hada, Sonny se sentía contentísimo y podía entender lo que decían todas las cosas que le rodeaban. Las hojuelas del césped murmuraban: “Agua, agua, ¡oh, qué placer!”. Y las plantas y los arbustos repetían: “¡Oh, qué placer!”. Y los árboles copados, inclinando la cabeza, susurraban: “Agua, agua, ¡oh, qué placer!”.

Los pájaros y las flores y todos los seres vivientes parecían regocijarse al paso del arroyo; la naturaleza y la vida cobraban nueva luz, y Sonny lo veía muy bien.

A su vez el arroyo llegó a la estrecha garganta de las montañas. Un peñasco enorme cerraba el paso, diciendo con altanería: “¡Atrás, atrás! ¡Por aquí no pasarás!”.

El arroyo se precipitó sobre la roca, la cubrió de espumas, y siguió de largo su camino riendo de gozo.

Un cerro grande y pedregoso vino luego a interponerse en el tránsito diciendo: “¡Atrás! ¡Por sobre mí no podrás pasar!”.

El astuto arroyo torció el curso por el pie del cerro y prosiguió su marcha gozosamente.

Desde el altísimo risco se desplomó después en una profunda cuenca de roca, arqueando el lomo y tronando con pujanza.

De allí siguió, tras un breve reposo, por el declive de la montaña.

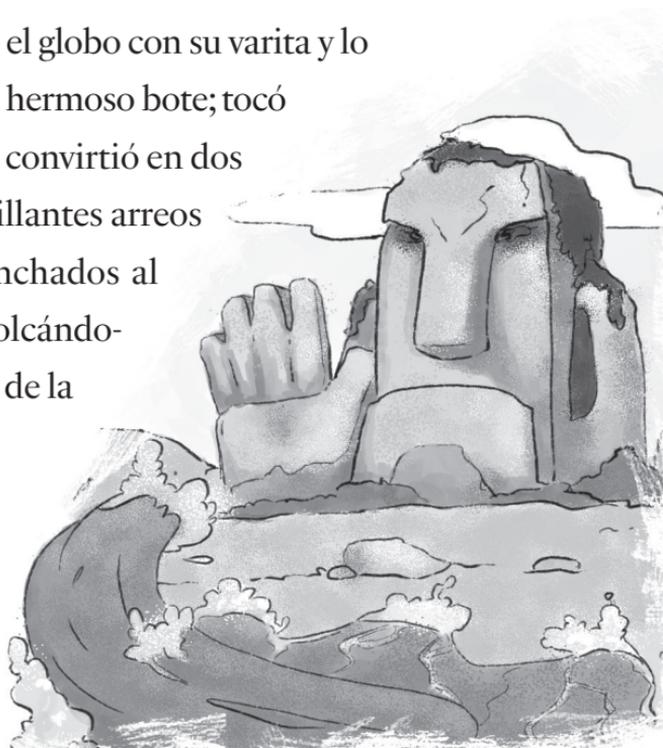
Y encontró ruedas grandes y pequeñas y las puso en movimiento para que hilasen el algodón en los telares, y aserrasen las trozas convirtiéndolas en tablaje y moliesen el grano convirtiéndolo en harina.

Al pie de las montañas, en los campos donde las cosechas carecían de riego, la corriente se extendió en todas direcciones repartiendo nueva vida. Y en todas partes era una bendición para los hombres, para las plantas y para las bestias.

Pero ya no era un arroyo: ya era un río. Sobre sus riberas se alzaban casas y granjas, y sobre sus lomos flotaban numerosos barcos.

El hada tocó el globo con su varita y lo convirtió en un hermoso bote; tocó las águilas y las convirtió en dos delfines con brillantes arreos de plata; enganchados al bote, iban remolcándolo por el centro de la corriente.

A poco se deslizaron



bajo los arcos de grandes puentes. En las riberas surgían palacios, iglesias, fábricas y muelles, a los cuales estaban amarrados navíos inmensos. Sonny veía todo aquel desfile de maravillas; los palacios, los navíos y las casas se reflejaban en el agua y semejaban otro mundo invertido.

El río era más ancho a cada instante; las ciudades aparecían y volvían a desaparecer; buques de diferentes tamaños y aparejos pasaban navegando; un viento salino le rozaba las mejillas a Sonny.

Un gran ruido, como de un trueno distante, comenzó a llenar los aires. Del fondo del río surgió la voz del arroyuelo, la misma voz que Sonny había oído allá en la lejana colina, mucho tiempo antes, por lo que a él parecía:

—El Océano está ya muy cerca, y ahí termina mi viaje. Oye, Sonny, niño querido: tenemos que



volver a la colina en donde nos encontramos primero, a coger flores silvestres...

Y se extinguió la voz del arroyo; y el hada, el bote, los delfines de brillantes arreos, el anchuroso río y el trueno lejano, todo, todo se desvaneció repentinamente.

Sonny despertó y se encontró tendido sobre el césped, en la ladera, cerca del arroyo que seguía corriendo y centelleando a la luz del sol. Todo estaba como antes, solo que el arroyo había perdido la facultad de hablar.

MINA Y BILI

BILI, UN PAJARILLO JOVEN, HABÍA VOLADO toda la mañana sin rumbo y sin objeto fijos. Sentíase triste y solo, muy solo.

Vio una pajarilla, que, como él, andaba volando sola.

Se acercó a ella y la siguió en silencio. Bili quería decirle algo, pero no se atrevía. Cobrando valor al fin, balbuceó:

—¿Puedo... volar... contigo?

Como no obtuvo respuesta alguna, repitió la pregunta.

—Pues si quiere... —contestó ella sin volver a mirarle

Bili se acercó más á su compañera. Después de un largo silencio, Bili preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Me llamo Mina

—¡Qué nombre más bonito!

—¿Te parece? —dijo Mina volviéndose a él por primera vez.

—¡Oh!, sí, por supuesto.

Mina y Bili siguieron volando sin hablar por largo rato. Luego dijo Bili:



—Hagamos un nidito juntos.

Mina se sintió turbada. Al cabo dijo:

—¿Y tú sabes hacer un nido?

—Por supuesto que sí, y ya sé dónde hacerlo.

—Bueno, ¿y dónde?

Bili le contestó al oído:

—Allá en el campanario de la iglesia.

—¡En el campanario! ¡Cómo no! Eso es absurdo. Bonita protección contra la lluvia y el sol. ¡Campanario!, ¡qué gracia! —No podía estar más molesta.

—No te enojés; no lo dije a mal.

—Verdad, pero eso no quita que sea una tontería.

—Conozco otro punto mejor —dijo Bili.

—¿Cuál?

—Sé que te gustará. ¡En... el techo... de la escuela!

—¡La escuela! ¡La escuela! —gritó Mina alejándose de él—. Peor que peor. ¿No ves que los

chiquillos no nos dejarían en paz. ¡La escuela!
¡Qué gracia! No cuente conmigo.

Bili se sintió profundamente desgraciado. No sabía qué decir. Al fin insinuó con humildad:

—Tal vez tú podrías...

—¡Oh!, sí, tal vez. Lo mismo de siempre. Ustedes los hombres se lo saben todo. Nosotras no tenemos voz ni voto en nada.

—Mina, por Dios, te ruego que...

—Yo conozco un lindísimo sitio en la copa de un árbol del parque, cerca del lago, sobre la avenida central. Esta mañana no tenía dueño todavía, será una gran suerte si no tiene dueño ya.

Dicho esto tendieron el vuelo hacia el parque, yendo Mina delante, con toda la rapidez que les era posible. El sitio estaba libre todavía. Mina tomó posesión de él temblando de puro gozo. Luego dijo:

—No perdamos tiempo.

Y pusieron manos a la obra. Ella se quedó en el árbol cuidando el sitio y él se fue a buscar con qué fabricar el nido. Trabajaron con tesón y al caer la noche ya estaba el nido terminado. Ya tenían casa propia. Después de la labor del día se sentían muy cansados y se quedaron dormidos inmediatamente.

Mina fue la primera que despertó al despuntar el sol.

—¡Bili! —dijo—. ¡Bili! ¡Biiiiii!

—¡Ah! ¿dónde... dónde estoy? ¡Ah!, sí, ya me acuerdo. ¿Qué hay, Mina?

—¿Qué hay, Bili?

En los árboles vecinos vieron otros pájaros en sus nidos; pájaros que revoloteaban alrededor o que estaban posados en las ramas; pájaros que cantaban al sol naciente; y pájaros, en fin, que



después de bañarse en los pozos vecinos dejaban secar sus alas extendidas.

—Qué pereza tengo.

—No importa, Bili. No tenemos gran cosa que hacer. Y ambos se quedaron en el nido, dorado por los rayos del sol.

Mirando las anchas calles que pasaban por debajo de los árboles, dijo Bili:

—Allí viene el aya de Sonny con otro niño.

—Ese es Sonny —dijo Mina volviendo a mirar.

—Pero Sonny tenía rizos y este niño no los tiene.

—¿Y acaso los rizos no pueden cortarse?

De ese modo supo Bili que era inútil disputar con Mina. No volvió á intentarlo nunca y la paz reinó en el nido.

Todos los días volaban juntos en busca de alimento. A menudo pasaban cerca del campanario y de la escuela, pero nada decía Bili, pues el árbol del parque estaba infinitamente mejor.

Cierto día apareció un huevo pequeñito en el nido. Al siguiente hubo otro, y otro luego, hasta que fueron cuatro. Bili tenía que salir entonces solo y traer el alimento para Mina. Ella se quedaba calentando los huevos.

Al volver una tarde, halló Bili en vez de cuatro huevos cuatro pajarillos que le llamaban papá. Su corazón rebosaba de alegría.

Por varios días Bili tuvo mucho que hacer para alimentar a la madre y a los cuatro chiquillos. Pronto, sin embargo, tuvieron fuerzas para ensayar el vuelo, primero alrededor del nido, después de de rama en rama, luego al árbol vecino, hasta que al fin pudieron volar largos trechos en compañía de sus padres.

Un día dijo Bili:

—Ya se aproxima el frío, los árboles van a perder sus hojas y la tierra se helará. Es preciso que nos vayamos a climas más templados. Al día siguiente Mina, Bili y los cuatro pajarillos se unieron a una bandada de pájaros que se cernían en las alturas como una enorme letra V. Dejaron atrás el parque, el campanario de la iglesia, la escuela, los



campos, las florestas y las montañas, y desaparecieron como una nube en los cielos. Cruzaron el Océano y llegaron a un país donde el invierno es desconocido y donde los árboles están siempre verdes y cubiertos de follaje.

NOTA SOBRE ESTA EDICIÓN

Este libro reúne cuatro de los seis que conforman *Cuentos a Sonny* de Santiago Pérez Triana, libro originalmente publicado en inglés en 1906 (Londres) y, un año después, en español en 1907 (Madrid, Imprenta y Esterotipia de Ricardo Fe), con la traducción y prólogo de Tomás O. Eastman. Se puede consultar una edición digitalizada de este libro en la biblioteca virtual del Banco de la República. Asimismo, existe la versión digital del libro *De Bogotá al Atlántico* del mismo autor en la Biblioteca Básica de Cultura Colombiana de la Biblioteca Nacional, a la cual se puede acceder en la biblioteca digital de Bogotá de Biblored.

NOTA SOBRE LA ILUSTRADORA

Alejandra Medina Barragán, ganadora de la Beca de Ilustración convocada por Idartes para ilustrar este libro, nació en Bogotá y desde pequeña sintió interés por los libros para niños, estudió diseño gráfico en la Universidad Nacional. Su vida profesional la desarrolla entre la diagramación editorial y la ilustración. También escribe y crea libros informativos, que espera pronto publicar





SANTIAGO PÉREZ TRIANA

Nació en Santa Fe de Bogotá el 15 de septiembre de 1858, se educó en Alemania y, viajero como fue, vivió en Estados Unidos, Inglaterra, Francia y España. Fue diplomático, escritor, estadista, poeta, orador y miembro de número de la Academia Colombiana. Sus libros sobre temas colombianos fueron *Desde lejos* (Madrid, 1909), *Desde lejos y desde cerca* (Londres, 1909) y *Eslabones sueltos* (1909); otros de sus libros son *Reminiscencias tudescas* (Madrid, 1902), *De Bogotá al Atlántico* (Madrid, 1905) y *Algunos aspectos de la guerra* (Londres, 1916). En Londres, en 1912, fundó Baldomero Sanín la revista *Hispania*, en la que “sentó cátedra de pacifismo y abordó, con la autoridad y el prestigio de un maestro, los temas de mayor preocupación internacional de su época” (según su amigo Sergio Elías Ortiz). Murió en 1916 en Inglaterra.



Libro al Viento

COLECCIÓN INICIAL

Es de color verde y está destinada al público infantil y primeros lectores.

- | | | | |
|-----------|---|-----------|--|
| 3 | CUENTOS PARA SIEMPRE
<i>Varios autores</i> | 47 | ALICIA PARA NIÑOS
<i>Lewis Carroll</i> |
| 6 | CUENTOS DE ANIMALES
<i>Rudyard Kipling</i> | 48 | JUANITO Y LOS FRÍJOLES MÁGICOS
<i>Joseph Jacobs</i> |
| 13 | LOS CUENTOS
<i>Rafael Pombo</i> | 51 | RIZOS DE ORO Y
LOS TRES OSOS
<i>cuento tradicional inglés</i> |
| 17 | LOS VESTIDOS DEL
EMPERADOR Y OTROS
CUENTOS
<i>Hans Christian Andersen</i> | 55 | PETER Y WENDY
(PETER PAN)
<i>James Matthew Barrie</i> |
| 36 | PARA NIÑOS Y OTROS
LECTORES
<i>Alphonse Daudet</i> | 87 | LAS AVENTURAS DE
PINOCHO. HISTORIA DE
UNA MARIONETA
<i>Carlo Collodi</i> |
| 39 | POESÍA PARA NIÑOS
<i>Selección de Beatriz Elena
Robledo</i> | 94 | FÁBULAS DE
SAMANIEGO
<i>Ilustradas por Olga Cuéllar</i> |

- 95** COCOROBÉ: CANTOS
Y ARRULLOS
DEL PACÍFICO
COLOMBIANO
*Selección de Ana María
Arango
Ilustrados por Ivar Da
Coll*
- 105** FÁBULAS DE LA
FONTAINE
*Ilustradas por Olga
Cuéllar*
- 115** FÁBULAS DE
IRIARTE
*Ilustradas por Olga
Cuéllar*
- 123** PIEL DE ASNO Y
OTROS CUENTOS
*Ilustrados por Eva
Giraldo*
- 129** JUAN SÁBALO
LEOPOLDO
BERDELLA DE LA
ESPRIELLA
Ilustrado por Eva Giraldo
- 134** LA DICHA DE LA
PALABRA DICHA
*Nicolás Buenaventura
Ilustrado por Geison
Castañeda*
- 136** HIP, HIPOPÓTAMO
VAGABUNDO
*Rubén Vélez
Ilustrado por Santiago*
- Guevara*
- 140** FÁBULAS DE
TAMALAMEQUE
*Manuel Zapata Olivella
Ilustradas por Rafael
Yockteng*
- 143** NARICITA
IMPERTINENTE Y LA
CASA DEL PÁJARO
CARPINTERO
AMARILLO
*Monteiro Lobato
Ilustrados por Sindy
Elefante*
- 147** TRECE RELATOS
NÓRDICOS *Varios
autores
Ilustrados por Mónica
Peña, Andrés Rodríguez,
Amalia Satizábal,
Alejandro Uscátegui y
Ingrid Vang Nyman*
- 152** PACO Y UNQUE
*César Vallejo
Ilustrado por Alicia
Garavito*
- 155** HISTORIAS DE
EUSEBIO
Ivar Da Coll

- 162 LA CASA ENCANTADA**
Poesía venezolana para niñas y niños
Selección y presentación de María Elena Maggi
Ilustrado por Álex Sarmiento
- 163 BOGOTÁ CONTADA PARA NIÑAS Y NIÑOS**
Jairo Buitrago Adriana Carreño, Francisco Montaña Catalina Navas, Eduardo Otálora Celso Román.
Ilustraciones de Claudia Rueda, Natalia Rojas, Leonardo Gómez, Juan Camilo Mayorga, Gabriela Otálora, Lorena Bayona
- 167 LA NUEVA MADRE**
Y dos cuentos victorianos más
Lucy Clifford, Mary de Morgan Edith Nesbit
Ilustraciones de Alexa Forero
Traducción de Alejandra Yepes

Este ejemplar de *Libro al Viento* es un bien público. Después de leerlo, permite que circule entre los demás lectores.

Escanea este código e ingresa a la biblioteca digital, donde tendrás a disposición más de 90 de nuestros títulos.



MONO



De cómo la familia Chimp vino a la ciudad
fue editado por el Instituto Distrital de las
Artes - Idartes para su Biblioteca Libro al
Viento, bajo el número 168, y se imprimió en el
mes de febrero del año 2023 en Bogotá.

CIRCULACIÓN
GRATUITA

168

“La cola era para ellos un motivo de ansiedad constante, pero nadie descubrió jamás el secreto de su existencia, sino tal vez cuando ya era demasiado tarde y cuando ya la felicidad de los descubridores estaba vinculada al secreto susodicho.”

(de “De cómo la familia Chimp vino a la ciudad”)



COLECCIÓN INICIAL

La **BOGOTÁ**
que estamos construyendo

libro al
viento



INSTITUTO
DISTRITAL DE LAS ARTES
IDARTES

BOGOTÁ